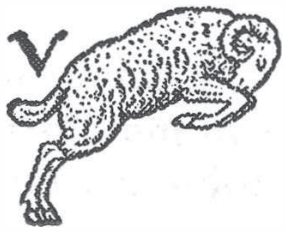
CONVERSO CON LA DIVINIDAD

A veces llega hasta el café
y se sienta en mi mesa.
Si viene el camarero
le pide un vaso de agua,
con una voz cansada
de ordenar los sucesos
y la prensa del día
para saber qué pasa
por esos mundos suyos.
(Hizo sobre sus hombros
las páginas en blanco,
intacto el vaso de agua
y un color de aleluya
en el café que humea.)
Me lo encuentro en la calle,
cuando vuelvo del cine,
espiando los juegos del neón
con un gesto de niño,
o cruzando la calle lentamente
mientras sortea taxis con las manos
terribles y rugosas
de empujarnos la vida.
(Entonces no le hablo.
Me detengo en la acera
y enciendo un cigarrillo.)
En ocasiones entra en la taberna
cuando estoy con los otros,
bebiendo vino tinto,

descubriendo la vida
o hablando de los hombres
con risa y voces recias.
Resueltamente coge la botella
—le hemos abierto un hueco entre nosotros—
y va llenando vasos
como en un viejo rito.
(Brindamos en silencio
y él, con un gesto eterno
de acumulada prisa,
se sacude una mancha
de vino en la solapa.)
¡Buen Dios, que bien te sienta
tu chaqueta de hombre!



ERNESTO CONTRERAS